

EL DINERO NO ES TODO...

Doña Gertrudis Mendoza Álvarez no podía presumir de muy leída pero sí de su fortuna. Para ella con esto le bastaba y le sobraba para que todo el mundo le rindiera pleitesía, para ser invitada a todas las reuniones del pueblo, para ser nombrada madrina de casi todos los niños y niñas que nacían en esa entidad. Por supuesto que era la patrona de la iglesia y se daba el gusto de que el sacerdote viniera a merendar a su casa todos los miércoles así lloviera o hiciera el frío que suele haber en diciembre. Lo que decía la mujer era un mandato para todos. Ella ordenó cambiar el adoquín de su calle por cemento ya que, como decía, no podía caminar entre piedras. El Presidente Municipal gastó mucho de su presupuesto en arreglar, o más bien en desarreglar la calle. Arreglar para Doña Gertrudis y desarreglar para los que gustaban de lo auténtico. Ella también mandó cambiar las puertas de la iglesia, que ya estaban muy viejas, por otras de metal. Eran más seguras según ella. Las antiguas las vendieron a un anticuario que vino de la capital del Estado. No solamente se llevó las puertas sino también algunas imágenes viejas que estaban en el altar principal y que fueron sustituidas, a sugerencia de Doña Gertrudis, por unos lienzos modernos de vírgenes y santos rodeados de flores de todos colores. ¿A poco no se ven mucho más bonitos, mucho más alegres?, preguntaba a sus amigos, que eran todos los del pueblo. Y todos a coro respondían que por supuesto, que qué buen gusto tenía.

Y no solamente la influencia de Doña Gertrudis se refería a lo material como lo de cambiar la calle o las puertas de la iglesia, su influencia era más grande en cuanto a la moral se refería. Ella prohibió que se usaran faldas cortas en las escuelas, que en la clase de biología se hablara del preservativo o de control de maternidad, que pasaran películas ya no clasificadas en C sino también las que estaban en B. De los libros, como no leía ninguno, lo mejor era excluirlos del lugar. La librería, por así llamarla, que era más bien una papelería donde se vendían algunos libros, la mayor parte de ellos de los llamados escolares, tuvo que cambiar su giro. Ahora es una tortería que gana más que cuando vendía la mercancía anterior, otro favor que tenía que deber Doña Antonia, la propietaria, a Doña Gertrudis.

Por supuesto que la mujer nunca se enteró de los chismes del lugar donde hablaban de ella y se burlaban por su gran incultura. Ni idea tenía de los demás países o de los pintores famosos y menos aún de los literatos. De las capitales del país sólo conocía unas diez, las demás no le importaban o más bien no tenía idea de ellas. Las importantes eran la Ciudad de México a donde acudía año tras año a hacer sus compras. Morelia donde el Obispo era amigo suyo y al que le daba, también año tras año, una buena cantidad de dinero. Guadalajara le gustaba por su comida. A Mérida fue una sola vez pero también le gustó por su clima caliente. Monterrey, donde fue de muy chica no le gustaba, tampoco Durango. Puebla sí y también Veracruz. Jamás cruzó ninguna frontera y tampoco tenía el mínimo deseo de hacerlo. Cuando mucho le gustaría ir a Roma a ver al Papa, pero ya no era eso tan esencial ya que los Papas les gustaba venir a México y ahí podía verlos de cerca; para algo tenía influencias en la curia.

Sorpresa de todos fue cuando Doña Gertrudis empezó a decir que ella tenía el vicio de la lujuria. Lo decía en las reuniones sociales y también en la iglesia. Todos se miraban entre sí y ninguno se atrevía a hacer el mínimo comentario. Me fascina la lujuria dijo la semana pasada en la reunión de la Hijas de María que ella comandaba. Mi casa es lujuriosa. Es lujuriosa sobre todo mi recámara, mi cama. No hay como la lujuria.

A doña Isabel le comentó que comprara perfumes lujuriosos, que se dejara de usar los que ella usaba. Te vas a sentir tan bien como yo, le aconsejó. Martita, la del dispensario, que ella también comandaba, fue la primera que se atrevió a decirle que no anduviera comentando por todos lados que era eso. ¿Cuál eso? Preguntó Doña Gertrudis. Eso, repitió Martita, eso de que eres lujuriosa. Doña Gertrudis rió de buena gana. ¿ Por qué no voy a serlo? Para algo tengo mi dinero, para darme los gustos que yo quiera y si mi gusto es ése...a ver quién es el guapo que me lo impida. Martita se tuvo que morder la lengua.

La gente que pasaba frente a la casa de Doña Gertrudis aumentó considerablemente a partir de sus declaraciones públicas acerca de su lujuria. Sobre todo de mujeres. Lo que antes nunca sucedía ahora era a diario, el que de noche también pasaran las personas y se detuvieran frente a la casa y junto a las ventanas. No era casualidad, no, qué va. Eran todas las chismosas que se morían por encontrar a los jóvenes que seguramente visitarían a distintas horas a la lujuriosa mayor, como ahora la nombraban. Algunas eran más drásticas y en lugar de decir lujuriosa mayor decían puta mayor, claro, cuidando que nada de eso llegara a los oídos de Doña Gertrudis.

Al cura del lugar le llegó un fax donde el obispo le exigía hablar con la pecadora para que dejara de jactarse públicamente de su gran pecado. A él, al obispo, le había llegado no un fax sino una carta firmada por más de treinta mujeres comentándole todo lo que pasaba en el pueblo para terminar rogándole que acabara con ese escándalo que ya había llegado a poblaciones cercanas. De eso se hablaba en Curipiteo el Alto, en San Blas, en San Andrés Altupuyalco y quién sabe en cuantos otros lugares. A las Bayonenses ya hasta pena les da salir a la calle pues todo el mundo cree que si la persona principal es lujuriosa cómo deben ser las de abajo.

Al cura, con todo el miedo y respeto que le produce la Doña, no tuvo otro remedio que ir a ver para hablar sobre lo que era la comidilla de la región, para no decir del Estado. Decidió hacerlo el miércoles, día en que tenía que merendar con ella.

Principio alabando, como siempre lo hacía, su caridad para con la iglesia y los pobres. En seguida le agradeció la máquina de coser que regaló para las madres solteras de la región, que desgraciadamente eran más de una. De lo que merendó: unos panecillos con mermelada con una taza de chocolate, dijo que estaban deliciosos, que la señora tenía manos de ángel. Ahí se detuvo por no saber cómo continuar. Tosió varias veces. Pidió, cosa que jamás había hecho, una copa. Doña Gertrudis le trajo una de rompopé. Pidió perdón por lo que iba a decir. Se secó el sudor de la frente. La dama le preguntó que si le pasaba algo, que lo notaba muy nervioso, que si lo podía ayudar de alguna manera. Evaristo, que así era el nombre de pila del cura, tomó una gran bocanada de aire y de corrido dijo lo que tenía que decir: Señora de toda mi consideración, recibí una misiva del Obispo Hernán Lafaña donde me pide que hable con usted. Yo admiro mucho al obispo Lafaña, interrumpió la señora, hágame el favor de saludarlo cuando lo vea. Gracias, dijo el cura. Él me pidió que hablara con usted sobre el nefando pecado que usted orgullosamente proclama por todos lados del pueblo y que tanto mal ha hecho a la humanidad desde los albores de la historia, como ya es de todos conocido, principalmente entre los Romanos y los Griegos. Doña Gertrudis por supuesto no tenía la menor idea de lo que hablaba el sacerdote y se dedicaba solamente a mover la cabeza en señal de asentimiento. Ahora fue la señora la que bebió un rompopé pues para ella estaba claro que hablaba el cura de algo malo, de un pecado. No entiendo, se atrevió por fin a decir. Hable usted más claro. Más claro ni el agua, afirmó el cura. Pues para mí no lo es, afirmó Doña Gertrudis. Habla usted de un pecado...Sí, del pecado de usted. Dijo en un suspiro el hombre. ¿Un pecado mío? Yo no tengo ningún pecado. Afirmó ella. Un pecado que no se ha confesado a pesar de andarlo

diciendo de un lado a otro, confirmó Evaristo. La verdad que no la entiendo Señora Mendoza. Usted siempre me ha tenido confianza y ha acudido a confesarse cada primer viernes de mes conmigo. Y ahora, sin consultarme, proclama por todos lados que usted tiene el peor de todos los pecados, el peor de todos los vicios, el que lastima más a Nuestro Señor Jesucristo y a su Adorada Madre. ¿Podría usted explicarme pues yo me estoy volviendo loco?

Doña Gertrudis ofendida se puso de pie y estuvo a segundos de correr al sacerdote de su casa, pero fue mayor su tentación de saber de qué la acusaban. Pasó mentalmente revista a todos los pecados que se acordaba, que no eran muchos: matar, robar, decir groserías, no ir a la iglesia. Recitó para ella los diez mandamientos y vio que los obedecía a todos. Y sus conocimientos no dieron para más.

-Le voy a pedir, padrecito, que me diga qué pecado he cometido pues yo no encuentro ninguno, ni he dicho groserías, ni he robado y menos matado, he cumplido con los diez mandamientos. También voy a la iglesia muy frecuentemente y eso usted lo debe saber mejor que nadie.

-No es ninguno de esos pecados, es el peor. Usted anda diciendo por todos lados que le encanta la lujuria. Diga que no es cierto.

Doña Gertrudis rió. Ah, es eso, lo de la lujuria. Pues sí, confieso que si me fascina y ahora que lo nombra pienso que sí puede ser algo malo aunque yo creía que sólo era cuestión de gusto... y de dinero, lo tengo que decir. Pero de eso a asustar hasta al señor obispo...

-Perdone Doña Gertrudis. Tengo que saber con cuántos hombres se acuesta usted, a cuántos jóvenes mete a su cama o lo que es peor, a cuántas mujeres les hace lo mismo. Este horrible pecado tiene que terminar.

La indignación de la dama en cuestión fue tan grande al oír lo anterior que sin poderse contener le dio una tremenda cachetada al cura que lo hizo caer al piso, no tanto por la fuerza sino porque no estaba bien colocado de pie.

¿Cómo se atreve usted a decirme eso? Repetía una y otra vez Doña Gertrudis al cura que con dificultad trataba de ponerse de pie. Sobándose el cachete el cura alcanzó a decir que no lo dijo él, que lo dijo ella misma. En ese momento le zumbó la segunda cachetada, que ya no lo tiró al piso pues ya estaba preparado. Así que siguió. Sí, usted, usted que anda presumiendo su lujuria, diciendo que su recámara y principalmente su cama son lujuriosas, que usa perfumes lujuriosos, que se viste lujuriosamente, que...

-Por supuesto que mi cama es lujuriosa y todo lo demás que usted dice, gritó Doña Gertrudis. Para eso tengo dinero, para darme esos gustos. Lo que no entiendo qué tiene que ver eso con los hombres y los jóvenes que usted dice.

-La lujuria a eso lleva, a tener relaciones pecaminosas.

-Es la primera vez que oigo algo así. Está bien, dejaré de comprarme mis lujos si tanto los espanta a ustedes, pero le prohíbo que vuelva a nombrar eso de los hombres. Yo soy una mujer decente.

Tomás Urtusástegui

Mayo 2006